



Cuicuilco

ISSN: 1405-7778

revistacuicuilco@yahoo.com

Escuela Nacional de Antropología e Historia
México

Díaz Álvarez, Magali
Homosexualidad y género
Cuicuilco, vol. 11, núm. 31, mayo-agosto, 2004, p. 0
Escuela Nacional de Antropología e Historia
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35103111>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Homosexualidad y género

Magali Díaz Álvarez

Escuela Nacional de Antropología e Historia

RESUMEN: *El artículo presenta una inquietud interdisciplinaria en torno a las formas de abordar el fenómeno de la homosexualidad. La discusión parte de los resultados obtenidos en un trabajo de corte psicológico, en el que se describen las formas de comportamiento y afectivas de los homosexuales en pareja. Estos resultados, a la luz de los paradigmas sociales y antropológicos, resultan de gran utilidad para entender qué ocurre en la sociedad y en estos grupos, también llamados minoritarios, respecto a las formas sociales establecidas de lo que significa ser hombre o mujer, y cómo estas construcciones sociales detonan en los comportamientos individuales.*

ABSTRACT: *This paper exhibits an interdisciplinary approach to the analysis of homosexuality as a social phenomenon. Our analysis is grounded on psychological data comprising behavioral and affective manners among homosexual couples. We employ an anthropological and sociological framework to clarify the results, so that our data contribute to the understanding of these groups (regarded as a minority) and society itself. We illustrate that social standards about the meaning of manliness or womanliness are social constructs able to trigger individual behaviors.*

PALABRAS CLAVE: *homosexualidad, roles, psicología, comportamiento, minorías*

A finales del siglo XX distintas disciplinas sociales se dedicaron a definir, desde sus perspectivas, las diferencias fenomenológicas entre los sujetos femeninos y masculinos. De entre ellas, el feminismo se dio a la tarea de madurar el concepto de género, el cual hace énfasis en el conjunto de ideas y representaciones que desarrolla una cultura determinada a partir de la diferencia en la estructura anatómica que existe entre mujeres y hombres, con el objetivo de construir lo que se llamará socialmente masculino o femenino [Lamas, 2000:96]. En la actualidad el concepto de género ya no define al hombre o a la mujer a partir de su estructura biológica, más bien involucra aspectos ideológicos y culturales que determinan al sujeto mediante sus prácticas sociales.

En la psicología social la diferenciación que se hace entre hombre y mujer se basa en la concepción de un ente psíquico denominado inconsciente colectivo, el cual se acumula toda la información de la humanidad, con base en un principio epigenético; tal información es transmitida de generación en generación, y contiene todos los comportamientos utilizados por los ancestros, y éstos se manifiestan a través del inconsciente personal, el cual, a su vez, es matizado por todas las experiencias del sujeto a lo largo de su existencia [Jung, 1970]. El sujeto acumula estas experiencias mediante su realidad histórica y cultural. Bourdieu [1985] recurre al concepto “habitus” para explicar la forma en que los individuos asumen su posición en el orden social. Asimismo, advierte que este orden está tan profundamente arraigado que no requiere justificación y, por lo mismo, se considera natural. Si tomamos como punto de partida que el habitus se refiere a “estructuras estructuradas estructurantes”, podemos decir que los hombres, las mujeres, o ambos, son formados en su grupo social para responder como hombres o como mujeres durante el resto de su vida, matizando las formas de ser hombre y las formas de ser mujer dependiendo del momento histórico.

Jung [1986] afirmó que estas formas de expresar lo femenino o lo masculino se encuentran determinadas de alguna manera por los arquetipos denominados *anima* y *animus*, localizados en el inconsciente colectivo, que se expresan por medio de los complejos; éstos, a su vez, se encuentran situados en el inconsciente personal y son exteriorizados a través del comportamiento de los sujetos. La carga que poseen está influenciada por todas las figuras masculinas o femeninas que se encuentran en el entorno del individuo y que han participado en la vida de éste.

Dichas formas se manifiestan en las actitudes y en los comportamientos de lo que “debe ser” un hombre, es decir, valiente, activo, decidido, fuerte, firme, voluntarioso, aguantador y atrevido; por su parte, la mujer “debe ser” pasiva, delicada, sensible, recatada, maternal, dócil y sumisa. Estos comportamientos asignados por la sociedad se aglutinan bajo el término *masculinidad*, para el caso de los hombres, y *feminidad* en el caso de las mujeres [Núñez, 1999:54].

Desde la perspectiva de la antropología, la diferenciación entre hombre y mujer alude al orden simbólico con el que una cultura dada elabora la diferencia sexual. Así, por ejemplo, la humanización del primate en *Homo Sapiens* es resultado de su progresiva emergencia del orden biológico hacia el orden simbólico, como afirma Martha Lamas, y tanto su socialización como su individuación están ligadas a la constitución de la simbolización, esto es, la estructura psíquica universal con la que los seres humanos utilizan el lenguaje para simbolizar y constituir una cultura [Lamas, 2004]; esto, a su vez, constituye

una “división del mundo”, como afirma Bourdieu, el cual se basa en “las diferencias biológicas y sobre todo en lo que se refiere a la división del trabajo, de procreación y reproducción”. Esto también establece relaciones de dominación y de poder [Bourdieu, 1983].

Las relaciones de poder no se limitan a su expresión física o verbal; el control, el dominio, la autoridad o superioridad también pueden ser enunciadas de manera “velada” mediante la representación de la realidad, pues estos aspectos limitan, condicionan, inhiben o influyen sobre el comportamiento [Foucault, 1991].

El poder de la representación organiza nuestras prácticas por mínimas que sean, orienta nuestros deseos, de alguna manera nos da sentido y encamina todo lo que pasa en nosotros, tanto en lo interno como en lo externo [Núñez, 1999].

De esta manera, a decir de Bourdieu, el cuerpo de los machos humanos se masculiniza, en tanto que el de las hembras humanas entra en un proceso de feminización. Pero, además, estos cuerpos se somatizan al arbitrario cultural, y en la cultura se determina simbólicamente el estatus. De acuerdo con esto, a las mujeres se les asigna una posición social inferior.

Mientras que los varones están destinados a trabajar para mantener o aumentar su capital simbólico, las mujeres se encuentran conformadas como objetos simbólicos que los hombres acumulan o pierden [Bourdieu, 1985], por lo que las mujeres son orilladas a trabajar para mantener su valor simbólico, con el fin de ajustarse o amoldarse al ideal masculino (en este caso la castidad y el candor), que obtienen a través de los tratamientos corporales y de los cosméticos; estos últimos, a final de cuentas hacen las veces de vehículo para aumentar su valor físico.

Vivir en sociedad implica asumir roles y modos de comportamiento que están conformados por las formas culturales que cruzan al sujeto. Esto le da identidad, de modo que la identidad es un producto modificable, variable e interminable. Freud postula que la identidad se adquiere y concreta en la primera infancia, para luego completarse por medio de las experiencias, vivencias y pensamientos; sin embargo, según el razonamiento jungiano, conforme el sujeto se va experimentando, también va construyendo su identidad, y después de la mitad de la vida ésta se va reestructurando por medio del proceso de individuación, el cual no es completado a plenitud por el sujeto [Jung, 1970].

La concepción que tenemos de lo que es sexual ha cambiado y se ha expandido con el tiempo desde hace aproximadamente 300 años [Foucault, 1988]. Con el surgimiento del psicoanálisis en el siglo xx se reestructuró y transformó la noción preconcebida de lo llamado sexual; desde este postulado todas las manifestaciones del sujeto tienen una connotación sexual, ya sea en los sueños,

en el comportamiento, en los *lapsus linguae*, e incluso en la producción de arte del individuo, puesto que éste surge de la sublimación de los deseos reprimidos.

Así, el psicoanálisis explora las formas en que cada sujeto construye su identidad sexual en el inconsciente, y a partir de esta construcción determina su objeto de deseo sexual y conforma su masculinidad o femineidad.

Por su parte, la antropología y la sociología engloban en lo sexual las normas, costumbres, exigencias sociales, identidades y los valores, con lo que evidencian el carácter relativo y construido de la moral sexual de diferentes culturas [Núñez, *op. cit.*:33], de modo que lo masculino y lo femenino están determinados a partir de “reglas” establecidas socialmente.

LA HOMOSEXUALIDAD

La contribución que ha hecho la antropología al fenómeno de la homosexualidad radica en la representación que se hace de ella en los distintos contextos sociales. Esto ocurre así porque las definiciones del sexo mismo dependen fuertemente del conocimiento local. Esto da pie a significados diferentes en contextos distintos. En las culturas occidentales, por ejemplo, que dos hombres se besen en la vía pública hace creer que son homosexuales. Sin embargo, si dos hombres se besan en otro contexto, las interpretaciones pueden ser distintas. En otras palabras, la visión antropológica intenta explicar los actos pertinentes a partir de los significados que da el contexto. Por lo mismo, un homosexual lo será sólo en forma circunstancial, y ello dependerá de la forma en que su grupo social lo etiquete en función de sus relaciones y de los comportamientos que haya aprendido a lo largo de su vida.

Carpenter [1914] mostró que los hombres homosexuales ya existían en otras culturas y su presencia era frecuente. La homosexualidad era una inclinación sexual innata.

Para la segunda mitad del siglo xx, antropólogos como Mead [1961] comenzaron a observar a distintas culturas para investigar sus hábitos y sus representaciones. Estos antropólogos descubrieron que hay muchas formas en las que se relacionan los sujetos del mismo sexo, las cuales, desde la perspectiva de las culturas occidentales, podrían ser consideradas prácticas homosexuales.

A partir de tales observaciones la definición de masculino y femenino dejó de elaborarse desde la perspectiva de la ley natural. Hoy sabemos que así como no hay una naturaleza femenina o una naturaleza masculina, tampoco existe una ley natural del amor o de la sexualidad. Ni la masculinidad, ni la femineidad,

ni el amor, ni el erotismo son naturales; todos estos conceptos son constructos culturales e históricos.

Así, desde que el macho y la hembra cedieron el paso al hombre y a la mujer, la ley natural del instinto y de la cópula se volvió obsoleta para explicar la complejidad de lo que significa ser un humano, en especial si se toman como punto de partida la sexualidad, el deseo, el erotismo, los placeres y las prácticas de éstos. En palabras de Foucault [1988], el sexo se problematizó cuando trocó en sexualidad, pues ésta ya incluye una demanda de amor, de afecto y de una construcción del otro.

Los trabajos antropológicos, sociológicos y etnográficos han demostrado que cada época pensó, moldeó y codificó la sexualidad según esquemas que a veces tiene hondas variaciones. Foucault [1991] afirma que si nos preguntamos sobre la legitimidad de la homosexualidad, también podríamos preguntarnos sobre la legitimidad de la heterosexualidad, sobre su invención y sobre los discursos que la construyeron e instalaron como realidad normativa. Jonathan Katz otorgó un carácter científico a la búsqueda de la construcción o invención de la heterosexualidad, a través de un libro que fue seguido de numerosos trabajos articulados a la idea de una "invención" o "construcción" histórica de la heterosexualidad.

Con el nuevo milenio las puertas del clóset se han abierto, y muchas formas de identidad se han rebelado al orden establecido. Ha dado inicio una búsqueda satisfactoria al fenómeno de la diversidad sexual en la cual las explicaciones genéticas ya no bastan, dado que la pregunta importante que se hacen muchos investigadores sociales es por qué muchos grupos sociales valoran negativamente a la homosexualidad.

La sociología y la antropología han puesto especial interés en las implicaciones simbólicas que representa ser hombre o mujer en determinados grupos sociales. Esto determina en gran medida los roles y las prácticas de cada uno de los miembros, ya sean masculinos o femeninos.

Un hombre tendrá que cumplir con las características masculinas que le son determinadas por el espacio social en el que se desenvuelve y que asume como "naturales", por lo que un homosexual, al transgredir tales reglas, es etiquetado como *antinatural*, *desviado* o ambas cosas.

La figura (representación) del homosexual es una creación histórica, una clasificación social del poder de la representación, que es al mismo tiempo un poder de diferenciación social, en donde la distinción es la diferencia inscrita en la propia estructura del espacio social cuando se le percibe conforme a categorías acordadas a dicha estructura [Bourdieu, 1985].

En la sociedad occidental los esquemas de comportamiento de lo femenino y lo masculino no se limitan a determinar quién es hombre y quién es mujer, sino que también se consolida una distribución del trabajo. Así, el hombre, masculino, deberá ser el proveedor, en tanto la mujer, femenina, será la protectora de los hijos y del hogar. Esta decisión hace posible una identificación social y una jerarquía de poder, pues al tener el hombre el mantenimiento del hogar a su cargo, tiene la facultad y el derecho de someter a quien es mantenido; no obstante, resulta claro que esta situación no se modifica mucho aunque la mujer trabaje.

En la condición psíquica de los sujetos dicha distribución, aprendida desde los esquemas culturales, provoca que ambas partes desarrollen comportamientos afectivos diferentes. Así, ya que el hombre debe ser el fuerte, el proveedor, etcétera, no tiene la facultad de mostrar debilidad, por lo que “aprende” a ser “insensible”, tosco, “poco cariñoso”. Por el contrario, en el caso de la mujer, por tener esa condición de sumisión, tiene que mostrar debilidad y generar estrategias de comunicación para remarcar su sumisión y su búsqueda de protección. Entonces, en una relación de pareja heterosexual será “normal” que la mujer manifieste actitudes de sumisión, en tanto que el hombre debe mostrarse insensible e impertérrito ante situaciones en las que una mujer se pondría a llorar.

En el caso de la homosexualidad masculina, el hombre homosexual tiende a no ser hombre, con lo que viola las reglas que lo caracterizan como tal. Así, un homosexual, al tener preferencias sexuales y/o afectivas por otro hombre, dentro de la sociedad pierde la categoría de hombre masculino. Sin embargo, la transgresión no se centra sólo en tener preferencias afectivas y/o sexuales por personas del mismo sexo, también incide en otras normas que hacen que el carácter de lo masculino se pierda. Es de suponerse que, de acuerdo con las estructuras culturales, un hombre no masculino tenderá hacia lo femenino. Así, un hombre homosexual estaría más cerca de las formas sociales y psíquicas de lo femenino, pero sin llegar a convertirse en mujer.

Es común y constante escuchar que los homosexuales son diferentes a los demás seres humanos, ya que han sido rechazados desde la primera concepción que se tuvo de ellos. La finalidad de conocer las formas en las que se desenvuelven estos grupos parte de la necesidad de establecer objetivamente las formas simbólicas que están cruzando sus prácticas y que, de alguna forma, los hace ser homosexuales distintos de los heterosexuales.

Ya se ha dicho que la homosexualidad transgrede las normas establecidas de ser hombre o mujer. En éste caso, se optó por observar el tipo de “transgresión”

que realizan los hombres homosexuales en lo que respecta a los afectos que otorgan a sus parejas.

Actualmente nuestra sociedad se encuentra en un periodo en el que todo es factible de ser catalogado, patologizado y estigmatizado, en el que todas estas clasificaciones se encuentran determinadas a partir de las tendencias centrales, hablando en términos estadísticos; en otras palabras, todo se puede incluir en un promedio. Debido a ello se pierde cada vez más la individualidad de los sujetos, en parte a causa de la dicotomización, pues o se pertenece a un grupo o a otro, pero los homosexuales se topan con el hecho de que no son hombre ni mujeres.

Los homosexuales manifiestan su orientación sexual mediante su manera de vestir, sus ademanes, la manera en que portan la ropa, la cercanía que establecen físicamente con otros hombres e incluso con la modulación y el tono de su voz, que es diferente a lo preestablecido; de ese modo, y con toda esta comunicación no verbal, informa a los otros, a la sociedad, que no son heterosexuales, a pesar de las repercusiones que esto les puede ocasionar en la sociedad. El "deber ser" de los hombres ya se encuentra establecido, y los homosexuales no cumplen los requisitos.

En un trabajo realizado por A. R. Díaz [2002] se usó una metodología psicológica para buscar las formas en las que los homosexuales se relacionaban y expresaban con sus parejas, a diferencia de la relación que mostraban los heterosexuales con sus parejas. Para ello fue necesario crear un inventario de expresión de afectos que quedó conformado por 45 reactivos con un nivel de confianza de .9409. Este estudio se aplicó a 262 sujetos, 134 homosexuales y 128 heterosexuales.

Los resultados más relevantes de la aplicación muestran que los hombres homosexuales tienden a decir cosas dulces a su pareja casi en 70% de los casos, a diferencia de los heterosexuales, que representan poco más de 55%. Asimismo, casi 70% de los homosexuales acostumbran decirle a su pareja "te amo". En el caso de los heterosexuales, dicha expresión es poco frecuente para dirigirse a su pareja, si bien ésta es sustituida por la expresión "te quiero". El grupo de homosexuales está más dispuesto a decir qué le molesta, a diferencia de los heterosexuales. Los homosexuales tienden a menospreciar a su pareja en más de 65% de los casos. Sin embargo, muestran su apoyo a su pareja. El grupo de heterosexuales sólo manifiesta sus sentimientos, dice cosas dulces y pone de manifiesto que extraña a su pareja 70% de las veces, en promedio.

Se encontraron algunos aspectos interesantes en cuanto a lenguaje no verbal en lo que se refiere a la expresión de afectos, pues los homosexuales tienden a

hacer "cariñitos" a su pareja, esto es, abrazarla, acariciarla y a apapacharla con mayor frecuencia que el grupo de heterosexuales. Además, los homosexuales son, la mayoría de las veces, más cariñosos, atentos y tiernos, además de procurar que su pareja se sienta segura en un porcentaje de más de 70% de las veces. Por el contrario, el grupo de los heterosexuales se caracteriza por estar interesado en que su pareja se encuentre bien en más de 80% de las veces y su comunicación afectiva no es tan frecuente.

Por parte de los homosexuales existe mayor tendencia a expresar verbalmente lo que les molesta, pues 70% suele hacerlo, en comparación con los heterosexuales, entre los que 60% lo hace con cierta frecuencia.

El 40% de los homosexuales muestra una gran tendencia a hacer cosas que saben le gustan a su pareja, mientras que únicamente 30% de los heterosexuales hacen lo mismo.

El 82% de los hombres heterosexuales reportó preocuparse por su pareja, mientras que en los homosexuales esta manifestación es expuesta por 68% de los casos.

Cerca de 80% de los homosexuales utiliza casi siempre gesticulaciones como las sonrisas o las miradas para comunicarse con su pareja, a diferencia de los heterosexuales, que lo hacen un 70% de las veces.

Los resultados antes mencionados corroboran, de alguna manera, que los homosexuales juegan dos roles, tanto el masculino como el femenino, de ahí que parezcan más expresivos al manifestar conductas tipificadas como femeninas desde la perspectiva social establecida para cada género.

Tanto la comunicación no verbal como la verbal dieron a conocer emociones en una interacción social. Sin embargo, las expresiones utilizadas parecen estar dictadas, pues existe una diferenciación previa respecto a cuáles emociones son apropiadas para exhibirse en circunstancias particulares, así como las que serán sancionadas. Los sujetos que creen que están expresando una emoción adecuada a una situación específica esperan que las sanciones sociales (negativas) sean menores que los que imaginan que su manifestación es inapropiada [Graham *apud* Misitu, 1993].

De ahí que el amor entre varones, no sólo erótico, sea expresado en silencio, y la pareja lleva su relación a la clandestinidad total o parcial, con los efectos consiguientes sobre la estabilidad de la misma. En cualquiera de los casos las manifestaciones de ternura, cariño, protección y solidaridad adquieren formas discretas bajo el efecto panóptico [Núñez, *op. cit.*:227].

De acuerdo con el discurso hegemónico, la construcción social de la masculinidad implica una organización corporal, psíquica y conductual del deseo, como

parte de una economía psíquica compleja, que en nuestra sociedad se caracteriza por ensalzar los atributos masculinos y menospreciar los femeninos [Mc Bride *apud* Núñez, 1999]. Por lo mismo, ningún hombre que se jacte de serlo puede manifestar en absoluto conductas que lo sitúen como cercano al otro género, pues su masculinidad desaparecería, ya que así lo marcan los valores hegemónicos. Dichos valores son agresivos y punitivos por limitar a los varones en cuanto a sus expresiones de dolor o placer, al arreglo y cuidado personal, incluyendo tanto la utilización de ciertas prendas de vestir como de accesorios [Foucault, 1991].

Así, los homosexuales se topan con el conflicto de asumirse como seres diferentes, sensación que se incrementa en ocasiones por el rechazo y las actitudes de desprecio del entorno, puesto que al no ser ni hombres ni mujeres no existe un patrón *comportamental* específico que puedan seguir, ni se encuentran obligados a cumplir con el estereotipo establecido, el rol de género, que se refiere a un grupo de comportamientos y características establecidas socialmente, tanto para hombres como para mujeres [Álvarez-Gayou, 1986]. Además de este concepto, durante toda la vida los individuos nos encontramos en un proceso de aculturación que nos va conformando como seres diferentes, y gran parte de la influencia se debe a que el sexo biológico establece cómo se nos educará y bajo qué lineamientos.

Una cultura que determine en forma radical la diferencia sexual y/o genérica tenderá a promover la agresividad masculina como mecanismo para alcanzar esa diferenciación y, a través de estos procesos, llegará a definir lo femenino como el límite y la negación de lo masculino, con la consiguiente desaparición de los elementos femeninos primordiales en el varón. De esos elementos sólo se conservarían los rudimentos que encuentra el psicoanálisis, sometidos a intensas y muy eficaces represiones, pues “La virilidad es un guión simbólico, con un sin fin de variantes” [Gilmore 1994:224].

La actividad, la fuerza física, el dominio sobre uno mismo y sobre los otros, son atributos culturales asociados al género masculino. Si un homosexual quiere restaurar su imagen de “hombre”, lo hará básicamente haciendo uso de dichos atributos. Por esta razón encontramos que es mucho más fácil que un homosexual se identifique como activo que como pasivo, puesto que los homosexuales pasivos, aunque no se reconozca, son equiparados con las mujeres [Enguix, 1996]. En palabras de Stoller [*apud* Badinter, 1994:89], en muchas sociedades “el primer deber de un hombre es: no ser mujer”.

Por tanto el homosexual, en este ir y venir entre un género y otro, se encuentra posibilitado a ser más expresivo, mientras que para un hombre heterosexual no

es posible realizar ninguna actividad que infrinja el “debe ser” delimitado *a priori*; de ser así, perdería las gratificaciones que recibe por seguir las normas preestablecidas para su género, esto es, beneficios económicos, laborales y sociales (como el prestigio). Si un hombre transgrede lo que la sociedad considera como el rol de género en un momento histórico-cultural, es tildado de “afeminado” [Núñez, *op. cit.*]. El homosexual, entonces, tiene “permiso” de transgredir, ya que fue etiquetado en un momento previo.

Socialmente un hombre homosexual no es hombre, es homosexual, categorizado así por una estructura ideológica dominante, una mayoría que determina los cánones a seguir por la comunidad. En este contexto se hace manifiesto que a los hombres heterosexuales les causa conflicto establecer algún tipo de relación con un hombre homosexual, pues esto hace tambalear su propia masculinidad.

En la actualidad el sexo entre varones, es decir, el quebrantamiento de los roles de género, causa pena, vergüenza, duda y, sobre todo, culpa, la cual debe ser saneada a través de rituales “de purificación”. Esto ocurre, claro, a menos que el sujeto sea sólo activo dentro de la relación sexual; de ser así, se sigue concibiendo como macho alfa, esto es, su masculinidad no se pone en tela de juicio. En este proceso el psicoanálisis funge como un esquema purificador, donde, a través del proceso psicoanalítico, pretende normalizar al sujeto que está transgrediendo las estructuras sociales establecidas [Foucault, *op. cit.*].

Entonces, y sólo entonces, los varones que sean capaces de resistir el proceso de aculturación en el modelo hegemónico de masculinidad, o que hayan sido criados en contextos culturales con otras propuestas de masculinidad menos ansiosas, tendrán relaciones homosexuales y/o heterosexuales diferentes [Núñez, *op. cit.*]. Para que esto fuera posible tendría que replantearse la instrucción tanto del rol masculino como del femenino, para no presentarlos como excluyentes uno del otro ni como rivales. No es posible concebirlos desde esa perspectiva, dado que ambos se encuentran en una interacción permanente, y la exclusión de alguno imposibilitaría concepcionar y delimitar al otro; además, sería necesario que se flexibilizaran los estándares preconcebidos, pues actualmente parecieran ser demasiado rígidos y limitantes, ya que tienden a coartar las experiencias y capacidades de los individuos.

Explicar este tipo de fenómenos resulta ser una tarea muy complicada si ésta es abordada desde una disciplina concreta. Sin embargo, desde hace algunas décadas ha existido cierto “coqueteo” entre la antropología y la psicología (en específico en el caso del psicoanálisis), desde sus diversas ramas. Esto indica la

existencia de la necesidad por establecer algún tipo de conexión entre ambas, que permita realizar investigaciones en las que los conocimientos adquiridos puedan vislumbrarse de manera conjunta, es decir, que pueda trabajarse a partir de la metodología propuesta por la antropología, la etnografía, y algunas otras técnicas y/o herramientas teórico-metodológicas para lograr una mayor comprensión de las problemáticas sociales.

Si bien es cierto que la antropología tiene una visión amplia y compleja sobre su objeto de estudio (“el hombre”), no por ello cubre la totalidad que incluye el espectro, de ahí que en ocasiones se apoye en algunos postulados psicológicos para expandir su abordaje y, por ende, su comprensión, ya que el objeto de estudio de la psicología es de igual manera “el hombre”, y más específicamente sus conductas, sus modos de interrelación y su expresión, aunque desde una perspectiva un tanto diferente pero no opuesta, sino complementaria.

Los requerimientos que se hacen en la actualidad a todas las disciplinas están encaminados a la unificación del trabajo de manera intra e interdisciplinaria, pues el objeto de estudio demanda un sinnúmero de herramientas para poder afrontarlo, comprenderlo, escudriñar y asimilarlo.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez-Gayou, J. L.

1986 *Sexoterapia Integral*, México, Manual Moderno.

Badinter, E.

1994 *XY, la identidad masculina*, Bogotá, Norma.

Bourdieu, P.

1983 *La distinción*, Madrid, Taurus.

1985 *Sociología y cultura*, México, Grijalbo.

Carpenter, E.

1914 *Intermediate Types among Primitive Folk*, Londres, Allen and Unwin.

Díaz, A. R.

2002 *Expresión de afectos de hombres homosexuales y heterosexuales hacia su pareja*, tesis, México, Centro Cultural Universitario Justo Sierra.

Enguix, B.

1996 *Poder y deseo. La homosexualidad masculina en Valencia*, Valencia, Alfons el Magnànim/IVEL.

Foucault, Michel

1988 *Historia de la sexualidad*, vol. 1, México, Siglo XXI.

1991 *Microfísica del poder*, Madrid, La piqueta.

Gilmore, D.

1994 *Hacerse hombre. Concepciones Culturales de la masculinidad*, Barcelona, Paidós.

Jung, C. G.

1970 *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Barcelona, Paidós.

1986 *Aion*, Barcelona, Paidós.

Lamas, Martha

2000 "Diferencias de sexo, género y diferencia sexual", en *Cuicuilco*, vol. 7, núm. 18, pp. 95-118.

2004 *Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género*, en <http://www.udg.mx/laventana/libr1/lamas.html>

Mead, M.

1961 "Cultural Determinants of Sexual Behavior", en Young, W.C. (ed.), *Sex and Internal Secretions*, Baltimore, Williams and Wilkins, pp. 1433-1479.

Misitu, G.

1993 *Psicología de la comunicación humana*, Buenos Aires, Lumen.

Núñez, N. G.

1999 *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*, México, Porrúa.